

DARDO CUNEO

UTOPIAS DE AYER Y DE HOY



Corresponde a Carlos Marx haber concebido con precisión mediante la aplicación del método hegeliano la idea socialista. En la comprobación de los antagonismos de clase en la historia y en la observación de la anarquía económica arriba a la concepción materialista de la historia y a reconocer en la plus-valía la causa que determina el carácter de la producción en el régimen capitalista de la propiedad privada. La idea de justicia social que hasta entonces se había manifestado en forma imprecisa como expresión de una inquietud y un sentimiento ante la formación de una clase explotada, adquiere con Marx el sentido de ciencia.

A medida que la nueva clase servil del régimen de la burguesía hacíase más numerosa, visionarios que procedían del círculo de los explotados enunciaban su ideal en procura de una organización social presidida por mayor equidad. Sin atinarse a explicar las causas originarias del desorden, solo el sentimiento orientaba al utopista al proyectar su sistema. Las soluciones del conflicto no residían para él, la mayor de las veces, sino en aguardar del poseedor — hombre bueno — el gesto de profunda humanidad. "Los utopistas — asegura Engels — lo eran porque no podían ser otra cosa, en una época en que la producción capitalista empezaba a desarrollarse". Con Marx adquiere la idea la base científica que la aproxima a la realidad.

Correspondió, asimismo, a Marx otra función de fundamental importancia. La concepción del utopista es construida al margen del movimiento de clase que en su hora manifestábase en forma incipiente. Concepción teórica, informada de un sentimiento humano y construida por una imaginación literaria, presentábase divorciada de la acción del explotado. Para el utopista la clase servil no es la más fuerte, sino, la más débil. No le reconoce a ella el destino de dirigirse a sí misma, no contando por consecuencia con su participación en la transformación que se daba a proclamar y en la organización del régimen igualitario que avizoraba. No concebía generalmente la realización de la utopía sino a través de la filantropía y el renunciamento del poderoso.

El fundador del socialismo científico, por el contrario, advierte en la moderna clase servil la ener-

gía capaz de concurrir a la realización de la idea. Para él los proletarios no son los menos, sino, los más destinados históricamente a ejercer — como clase — la dirección de la sociedad. No supone a la idea desvinculada de la clase y aspira a que ésta se convierta de CLASE EN SI en clase de POR SI, consciente de su rol y su finalidad. Identifica idea y movimiento.

Distante medio siglo de la muerte de Marx y aproximándose al centenario del Manifiesto Comunista, en el movimiento obrero internacional está presente la utopía. No es ésta la prolongación de las escuelas literarias que el maestro analizó en el documento del 48. La utopía de nuestros días se origina en la negación de las premisas fundamentales del marxismo. Se enrola en ella la crítica bersteiniana.

La nueva utopía ubícase en la misma situación que los clasificados como "precursores. Afirmar con Berstein y posteriormente con Kautsky o Jaurés en la innecesidad de la insurrección en la marcha hacia la realización del socialismo, estableciendo un desmedido culto a la democracia de filiación burguesa, es confiar con Cabot en un desenlace pacífico del problema social provocado por el renunciamento de los explotados a mantener su hegemonía.

Como los utopistas los revisionistas vuelven sobre el divorcio de la idea y la clase obrera. Así lo denuncia la composición heterogénea de los partidos de la social-democracia integrados por hombres de diferentes categorías sociales sin mentalidad y sin pasión ni voluntad revolucionaria.

La vieja utopía está justificada con palabras de Engels: "no podían romper las fronteras que su misma época les trazara". Para el revisionismo de pre-guerra es aceptable la excusa de haber sido producto del período floreciente y próspero del capitalismo. Hoy por hoy, que no existen esas condiciones, en momentos en que los antagonismos de clases se agudizan paralelamente a la crisis y después de las recientes experiencias del centro de Europa, más que nunca, se puede afirmar que la vieja concepción utópica anterior a Marx y el pensamiento revisionista posterior a él fraternizan al margen de la realidad histórica.

●
DICTATORIALISMO

Con el proyecto de la mayoría la autonomía de las federaciones y de los centros y el control de estos últimos sobre los afiliados desaparecen por completo. Esta facultad omnimoda es el más peligroso intento de dictatorialismo que se pretende imponer al partido desde su fundación.

BARTOLOME A. FIORINI

NUESTROS HEROES



Historia de militares e Historia verdadera

América es fecunda en glorias militares. No hay general que no esté catalogado como prócer y no tenga levantada una estatua para que el pueblo olvide su verdadera historia y se con-venza de que las charreteras y el sable, han hecho más por el país, que el sudor sucio y las manos torpes y callosas del asalariado.

Historia creada en beneficio de la organización social de la desigualdad económica, pareciera que en las pampas argentinas y en los agrestes campos nuestros, han florecido las mieses del trigo y del lino; al conjuro mágico de la espada batalladora y militar, y que el arado, abriendo el vientre de la tierra virgen, dirigido por un campesino, sin glorias militares, no haya hecho absolutamente nada.

La historia, como ciencia del relato, mientras no había sido estudiada como un proceso de la humanidad, se resumía al romance sangriento de un sólo hombre inspirado, según el historiador del vencedor, por ideas superiores y que arrastrando detrás suyo, multitudes asalariadas y no asalariadas que exponían sus vidas en trágicas batallas y desviaban por sí mismo el curso de la historia humana. Los imperios se agrandaban por los triunfos militares, el pueblo moría de hambre por que un general no había sabido conquistar el águila guerrera, símbolo del triunfo. Cuando más tarde, la historia fué estudiada, como ciencia de principios generales, encontró en la continuidad de los procesos sociales, que

los hombres dirigentes — héroes o próceres — no eran tales, sino simples exponentes dirigidos por las grandes fuerzas que la realizaban. El héroe, general lleno de gloria, bajaba del pedestal que los intereses creados le habían erigido y era un simple humano que no habría sido nada, si detrás de él no hubieran estado miles de hombres, que no eran generales, pero que luchaban y exponían sus vidas al sacrificio estéril de fuerzas históricas que el privilegio de los hombres había formado a través de los tiempos.

Era ésta una actitud obligada más que un holocausto. Desde entonces el nuevo historiador exalta a las multitudes, el proceso de la humanidad, no es realizado por un hombre y su voluntad no representa nada. Las masas enormes de individuos eran las que, en el campo del trabajo o de la guerra, en la ignorancia o en la inconsciencia de su verdadero poder, satisfacían las fuerzas trágicas, que los mismos hombres habían desencadenado. Las ideas nuevas no podían, ni debían exaltar figuras militares; para ella los verdaderos próceres eran los que escrutando en el fondo de las sociedades humanas y sin tener aún conocimiento exacto y definitivo de las fuerzas que las movía, luchaban por hacer la verdadera historia donde la espada fuese sustituida por el arado, y el canto de guerra por los himnos de paz, y trabajo.

LA HISTORIA Y LAS LUCHAS DE CLASE

En estos tiempos cuando el socialismo, toma pasaporte en la utopía y en la imaginación humanitaria, y sienta sus reales en el terreno de la ciencia; declarando por siempre y para siempre, que la incógnita humana que movía las fuerzas de la historia, era la lucha de clases. Concepto que los universitarios burgueses no se atreven a discutir rindiéndole homenaje al olvidarlo o haciendo ver que lo desconoce.

He aquí el gran valor de nuestra intervención en la ciencia histórica; y se afirma, cuando se observa, que todos los productos sociales en un momento determinado, se de-

ben a esta lucha de clases, lucha de vencedores y detentadores de la riqueza, contra clase vencida y transportadora a través de las generaciones de la miseria y del hambre.

El socialismo, cuya parte teórica es el marxismo, como ciencia de la historia, niega no sólo a los hombres como próceres, sino también como exponentes aislados del momento en que viven, aunque pueda estar su conducta orlada con la aureola romántica de la justicia o de un indefinido idealismo, pues antes que todo instrumentos ejecutores de la clase detentadora del poder y organizadora del privilegio. Así está obligado a enseñarlo